



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9890

REGIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

VIERNES 19 DE OCTUBRE DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.— Co-responsables en Paris, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

AVISO IMPORTANTE

Desde esta fecha el único Representante de la LEGIA JABONO-MARCA MIRABET, en las provincias de Murcia y Albacete es:

CLARO VILLAR POLO
ANGEL 1, PRINCIPAL
CARTAGENA.

HUERTAS Y JARDINES

Para surtidos en herramental agrícola: azadas, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para vifias, lechuzas, azadillas, sacadores de planchales, horquillas, crooks, bombas, bombas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.
Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y variadas clases, pedestales, jardines, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, muebles utilísimos y de excelente confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

YVAN EL CAZADOR.

(TRADICIÓN RUSA)

A la puerta del humilde casuco, que con su familia vive, está parada Selika, la esposa de Yvan, que está ausente.
Su rostro contristado expresa el pesar que la devora; á los lados de su infeliz apenada, permanecen sus hijos, Mikael y Kalia, que riantiendo en la vista fija en el suelo; entre sus párpados de sus ojos brillan las lágrimas.
Mikael y Kalia, lloran; entristecidos vierten su llanto, tomando parte en el pesar de la madre Selika por lo mismo que con gozo par-

ticipan de las alegrías de ella, cuando las tiene.

Yvan, jefe de la familia, el cazador más renombrado de la comarca, ha partido, acompañado de Daniel, el mayor de sus hijos, el que debe heredar su oficio y sucederle en destreza, arrojo y valentía.

Yvan ha partido con Daniel, y Selika llora, y llora porque es tradicional en el país, que el cazador que intenta dar muerte á cuarenta osos, muere irremisiblemente entre las garras del cuadragésimo.

Yvan ha muerto ya treinta y nueve osos y ha partido en busca del que hace el número cuarenta, de los cazados por él.

Por eso mismo, la pobre Selika gime, y reza por el ausente, sus oraciones son repetidas en alta voz por Mikael y Kalia que fervorosamente escuchan luego, como la madre lee en el libro sagrado las plegarias recomendadas por el gran sacerdote, para los grandes trances del dolor.

Yvan y Daniel, pisando sobre la nieve, adelantan en su camino.

Yvan monta en su caballo, en su valiente Difne; Daniel le sigue á pie.

Envueltos en sus pieles, combaten el frío; bebiendo de cuando en cuando el karchs de sus frascos, confortando los estómagos.

Caminando así, el padre y el hijo llegan á la falda de Ikcording;

las huellas que han encontrado á su paso, les indican, que muy próxima ya encontrarán á la fiera denunciada; la que hace el número fatal de la tradición.

Yvan y Daniel avanzan para de tenerse luego; el oso blanco ha sido visto ya por los cazadores; es corpulento, casi gigantesco.

El padre echa pie á tierra y se dispone á la defensa con valentía; Daniel estremecido tiembla, el relincho de Difne, suena por espacio de unos instantes en los aires, perdiéndose poco á poco el eco en lontananza, entre los elevados montes, de la nevada sierra.

La fiera, ansiosa de lucha, avanza al encuentro del intrépido cazador, este la espera á pie firme, apoyando al hombro su arma apunta, y en el preciso momento dispara.

El oso, exhalando feroz rugido se revuelca sobre la nieve que tinte con su sangre; Yvan se lanza sobre su presa y en un instante clavándole el cuchillo en la garganta le remata; la victoria es suya, la tradición ya no existe.

Los labios de Yvan, sonríen con placer; sus ojos, se iluminan con la alegría del triunfo...

Vuelve el victorioso la vista á atrás y su entrecejo se frunce; al mirar ha visto como allá, á lo lejos, Daniel, el pérfido hijo, huye en precipitada carrera, que aviva el miedo, abandonándole en medio del peligro.

Yvan arroja sobre el caballo su preciosa carga, y pronto, al galope del esforzado Difne, atravesando las leguas de nieve que le separan de Oldinkoe, atraviesa las calles de la villa, entre los aplausos y hurras de la multitud que le aplaude y aclama.

A la puerta del casuco humilde esperan al cazador, Selika y sus hijos Mikael y Kalia. Daniel ya está dentro de la casa y arrodillado espera el castigo que haya de imponerle Yvan.

Tomando este de una mano á su hijo menor, llega hasta donde está Daniel; le llama traidor y haciéndole justicia por sí mismo, le clava en el corazón su puñal, enrojecido aún con la sangre de la fiera.

Yvan explica á Mikael cual fue la conducta de su hermano y le advierte que igual suerte le espera, si imita al sacrificado.

Advertida la justicia del hecho aquel sin ejemplar, mandó prender á Yvan, que es encerrado en un calabozo.

Durante tres días consecutivos habrá de tener el preso entre sus rodillas, sosteniéndola con las manos, la cabeza de Daniel.

Esta tremenda prueba dará á conocer á los magistrados cuál ha de ser su sentencia.

Yvan permanece los tres días impassible, tiene en sus manos la cabeza de su hijo, muerto por él, no aparta de ella la vista un momento, ni en su rostro revela durante ese tiempo, la menor emoción.

La prueba ha terminado, la cabeza de Daniel es arrojada en un cesto, para ser enterrada con el cuerpo; Yvan permanece siempre impassible.

Los magistrados reunidos deliberan, la ley absuelve á Yvan, y la sentencia absolutaria es pregonada en los sitios más públicos de Oldinkoe.

Las puertas de la prisión se abren; Yvan estrecha á Selika en sus brazos, bendice á Mikael y á Kalia, se prosterna de rodillas, reza... y por primera vez llora.

Yvan, en recompensa á su entereza de alma, fue largamente premiado por el soberano, pero no sobrevivió mucho á su triunfo; agobiado por el inmenso dolor que le mantenía siempre triste, murió á poco.

En Oldinkoe, no ha tenido imitadores el renombrado cazador.

No ha habido uno desde que ocu-

rrió lo narrado que se haya arriesgado á cazar el oso número cuarenta.

Han querido todos dejar de poner á prueba el valor de sus primogénitos, y carecer de los títulos, que á costa de su sangre, logró Yvan el cazador.

Dionisio Morquecho.

TIJERETAZOS

En Barcelona ha reñido un matrimonio y el marido, que es eastre, le ha hecho un «recort» en la espalda con las tijeras á la mujer.

No hubiera hecho más cualquier gitano.

Leemos:

«Un joven de 18 años, que en las cercanías de Torrelló estaba tirando á los gorriones, hirió á un labrador que estaba entretenido en las faenas propias de su oficio.»

No deje el joven de pedir plaza el día que se celebra un concurso de tiradores.

De seguro mata al presidente del tribunal.

¡Con el ojo que tiene...!

En Zaragoza, durante las fiestas de la Virgen del Pilar, han hecho los polizontes buen acopio de gente «ratil».

Bien es verdad que sino, no queda en Zaragoza una peseta ni cosa que lo valga.

Con decir que al fiscal de la audiencia le han robado la cartera está puesta de manifiesto la aprensión de los «ratas».

En San Martín de Provensal ha intentado suicidarse un joven.

Pero cuando ya estaba medio estrangulado, se rompió la cuerda y el joven vino al suelo aún con vida.

Por esta vez se ha cumplido aquello de que «nadie se muere hasta que Dios quiere.»

En Cesta han debido lidiarse seis Benjumeas por el «Galio», «Popete» y el «Litri».

debían reunirse, tornó al fondo de la tienda, arrojó uno de sus servidores, tomó consigo el cartel del AVE MARIA y un blandón de cera, cabalgó, salió del real, y fue al sitio donde había emplazado á sus escuderos.

Estaba la noche escapotada de profundas nieblas, y Pulgar á su amparo, en los linderos del camino, esperó impaciente á los hidalgos, que uno á uno y con recato no tardaron en reunirse.

—Ahora, señores, les dijo el capitán, cuando los sintió en torno suyo y los requirió por sus nombres, lo que importa es la diligencia y el sigilo; tenemos que atravesar la Yega y llegar al río, rodeando largo trecho y no poco antes de amanecer.

El locutor apuntes escuderos se puso en marcha tras Pulgar, no se oía otro ruido que las pisadas de los caballos y el rechinar de los arneses; y así en silencio, á la distancia, llegaron casi junto á los muros enemigos, á aquel punto en que el Dauro se une al Genil.

—Ahora bien, amigos míos, dijo Pulgar, ved de recoger de esos clamores algún ramaje y procurad que está seco, en tal manera, que nada á maravilla.

—¿Cómo dijo Aguilera, pretendiendo poner fuego á Granada?

—Si tal, contestó Pulgar, y en Dios confío que hemos de volver al real alumbrados por las llamas que

devoren sus ricos bazares y sus ponderados alcázares.

Quedaron atónitos los hidalgos, pero conociendo la tenacidad de Pulgar, obedecieron y cargando de ramaje las grupas de sus caballos, le siguieron sobre las aguas, remontando la corriente del río Dauro.

Merced al ruido de las ondas, y á la profunda oscuridad de la noche, pasaron sin ser sentidos de los atalayas moros por delante del castillo de Bib Ataubin, y llegaron al último puente, donde se agruparon en torno de Pulgar, con el agua hasta las cinchas de los caballos.

—Aguardadme aquí, dijo Pulgar, y tú Pedro, que conoces mejor que nosotros la ciudad en que te críaste, carga en tu caballo ese ramaje y ágneme.

Trabóse gran altercado entre los hidalgos; ninguno quería menos que acompañar á su capitán; vinieron á disputa, alteráronse, y á tal punto llegó la perfia, que se vio obligado á consentir que le acompañasen algunos.

Al fin después de otra recia disputa, guiado por Pedro y acompañado de Bedmar y de otros cuatro, el alcaide del Safor entró en el agua del río, con el agua á la rodilla, penetró en la ciudad y siguió á ocurrir á lo largo de la Ribera de los Curtidores, hasta llegar frente por frente de un edificio magnífico (16).

Verlos, y acometerlos espada en mano, fue una misma cosa: gritaron los moros, alborotados por aquella parte la ciudad, y Pulgar, temeroso de que se pudiese en armas, gritó á sus escuderos.

—Por el mismo camino! ¡a mí! ¡corazón sereno, y espada pronta!

Y rompiendo por medio de los moros, saltó por la Ribera de los Curtidores, luego bajó el puente donde esperaban los otros, asaz cuidadosos por el ruido que se apercibía en la ciudad, y cobrando los caballos, tomaron á rienda suelta el camino del real, y llegaron á él, sin ser sentidos, antes del amanecer.

Los reyes católicos hicieron merced á Hernán Pérez del Pulgar, de añadir á los cuarteles de su escudo el AVE MARIA, y el privilegio para si de ser enterrado en el mismo sitio donde llevó á cabo aquella grande empresa (17); y los quinientos escuderos que le acompañaron recibieron hacienda en galardón de sus merecimientos después de la conquista de Granada (18).